



Se diría que en este momento se produce, en el dominio del arte como en tantos otros, un cambio serio de orientación.

Valores considerados mucho tiempo como seguros e indiscutibles comienzan a aparecer dudosos, si no es que completamente falsos; otros, descuidados o que se consideraban despreciables, se nos revelan, súbitamente, como los más preciosos. Sin duda en esto tiene mucho que ver el conocimiento que, desde hace unos cincuenta años, tenemos de las civilizaciones llamadas primitivas y de sus propios modos de pensar. Sus productos artísticos han aturrido y preocupado al público occidental.

Comienza uno a preguntarse si nuestro occidente no tiene que tomar lecciones de esos "salvajes". Pudiera ser que en tantos dominios, sus soluciones y sus caminos, que nos habían parecido tan simplistas, resulten ser a fin de cuentas más hábiles que los

nuestros. Pudiera ser que el refinamiento, la cerebralidad, la profundidad estén de su lado y no del nuestro.

Por mi parte tengo en alta estima los valores "salvajes": instinto, pasión, capricho, violencia, delirio. No me parece, por otro lado, que el occidente carezca de esos valores: todo lo contrario. Pero los valores celebrados por nuestra cultura no parecen corresponder a lo que realmente pensamos. Nuestra cultura es un traje que no nos queda, o que en todo caso ya no nos queda. Esta cultura es como una lengua muerta que ya no tiene nada en común con el habla de la calle. Es cada vez más extraña a nuestra verdadera vida. Se confina en camarillas muertas, como una cultura de mandarines. Ya no tiene raíces vivas. Yo aspiro a un arte que encaje directamente en nuestra vida corriente, que sea una emanación inmediata de nuestra verdadera vida y de nuestro estado de ánimo.

Jean Dubuffet (1951)